

— Towah á quien en realidad no diste muerte allá con la maza, siguió el vizconde, Towah que ha venido con el corregidor á Paris. . . . Towah que te ha seguido el rastro y que ahora está en tu propio jardin.

Benito cayó sobre una silla como si hubiera sido herido por un rayo.

XVII

LOS CAMAROS

Despuntaba el día sombrío, y triste estaba el pasadizo que conducía á la recámara de M. Benito; ya no caía nieve: el viento que había ya alejado las nubes, soplaba aún con fuerza, y el sol de invierno desplegabá sus rayos sobre las desunidas copas de los árboles.

M. Benito estaba tan aturdido, que había dejado la vela encendida sobre la mesa.

Por el contrario, el vizconde Enrique de Villiers manifestaba estar ménos abatido.

No se puede negar esto, sin tratar de realzar la especie humana, que la mayoría de los hombres encuentran una especie de

XVII

LOS CAMAROS

Despuntaba el día sombrío, y triste estaba el pasadizo que conducía á la recámara de M. Benito; ya no caía nieve: el viento que había ya alejado las nubes, soplaba aún con fuerza, y el sol de invierno desplegabá sus rayos sobre las desunidas copas de los árboles.

M. Benito estaba tan aturdido, que había dejado la vela encendida sobre la mesa.

Por el contrario, el vizconde Enrique de Villiers manifestaba estar ménos abatido.

No se puede negar esto, sin tratar de realzar la especie humana, que la mayoría de los hombres encuentran una especie de

consuelo egoísta al ver que de su desgracia participa otro.

La angustia de Benito, consolaba en parte al vizconde.

Los poetas que nos han descrito el infierno, nos lo han pintado horrible; causaría mas horror que el infierno de los poetas, el celular ó la tortura que pesaría sobre el condenado, al mismo tiempo que la soledad absoluta.

Un horror aún mas profundo habría, que el condenado sumergido en la eternidad de su tormento, estuviese forzado á contemplar la eterna felicidad de los predestinados.

El vizconde había cambiado de postura, puestos los piés sobre el morillo de hogar, las manos cruzadas sobre su pecho, y acababa de encender un cigarro.

Benito permanecía aturdido, el día terrible solamente le hacía cambiar de fisonomía. De tiempo en tiempo, volvía el rostro con espanto hácia los pasadizos.

—Vamos, reponeos, Benito, querido amigo; dijo finalmente el vizconde; no es negocio de la mañana, ya conocéis á estos diablos de salvajes; en Paris como en su pro-

pia tierra, no hacen nada si no es durante la noche.

—Teneis razon! exclamó el propietario, tenemos todo el día para hacerle prender.

El vizconde soltó una carcajada.

—Ciertamente, replicó; no es difícil el describir su porte; pero podeis creer que Towah se haya puesto en salvo en la posada donde tenga su habitacion.

Benito se entristeció nuevamente.

—Si aun nos quedaran una ó dos semanas, continuó el vizconde y que llegáramos á saber dónde esta baposado Towah, caería éste infaliblemente en nuestras manos. No se puede fácilmente ocultar en los alrededores de Paris un salvaje, sin que la policía le llegue á descubrir; pero quién sabe lo que ocurrirá aquí esta noche?

—Yo no dormiré aquí dijo Benito, estremeciéndose de la cabeza á los piés.

—Será muy prudente esa medida.

Pero Benito había cambiado de opinion, puesto que tenía cierto agujero hecho en la pared, tras de su alcoba un gran cesto muy forrado que no podía llevar consigo y que

no queria, ni aun á costa de su vida, dejar sin que hubiera quien le cuidara.

—O si no, dijo con precipitacion, llenaré la casa de policías y tambien el jardin.... traeré unos cuantos gendarmes.... aun cuando tenga que pasarles diez francos á cada uno.

—Eso sí es bueno, dijo el vizconde volviéndose hácia él; pero eso no es posible.

—Por qué?

—Porque me opongo yo.

Se vieron uno á otro.

Los ojos de Benito casi desaparecian bajo lo espeso de sus pestañas.

—Quereis entonces comprometerme en servicio vuestro, dijo.

—Estoy comprometido yo mismo, replicó el vizconde con frialdad, no nos queda ni la eleccion ni medios; vuestros negocios están ligados con los míos ¡hijo mio! y ni la policía ni la justicia, deben mezclarse en nuestros asuntos.

—Entonces, quién puede hacer públicas nuestras antiguas relaciones? objetó Benito.

—Muy fácilmente.... porque he contado

yo mismo delante de sesenta personas nuestro encuentro y lo que se ha sucedido.

—Qué imprudencia!

El vizconde suspiró y dijo.

—No es la única que he cometido esta noche.

—Habeis hecho lo que habeis querido! exclamó Benito encendiéndose en cólera; yo haré lo que me plazca.... No es el proceso el que temo.... os pregunto, qué el indio me va á llamar ante los tribunales?

—Puede suceder, respondió el vizconde.

Benito alzó los hombros.

—Si no lo hace él, prosigió Enrique, al ménos el corregidor.

—Y cómo podré rendir las pruebas?

—Esta noche, interrumpió el vizconde, ante sesenta personas he dado mi amplia aprobacion toda entera, á un hombre que decia: el francés Eduardo y su criado Mohicano eran dos ladrones y dos infames.

Benito le arrojó una mirada de indignacion.

—Pues qué estabais borracho ó loco esta noche? dijo él.

—Oidme con cuidado amigo, Benito, dijo

marcando el acento el vizconde; aún no se ha perdido la batalla; pero no os salvaréis sino conmigo y por mí.... si quereis esplicacion os la daré: esta noche, en el hotel de Boistrudan, me he encontrado cara á cara de un hombre que sabe todos nuestros secretos.

—Todos!.... repitió el propietario con susto; qué, hasta el corregidor?

—Del pronto lo he creído.... este hombre ha pronunciado con gran sagacidad algo de la manía de mi futura suegra, siempre ávida por aventuras é impresiones de viaje, lo ha contado con tales pormenores, que verdaderamente conmueven; este episodio de nuestra Odisea, que tuvo por teatro el campamento de los Cuchillos de Oro.... Acababa justamente de mostrar mi cuchillo de oro, y de contar no sé qué anécdota: nuestra merienda en la casa del irlandés de la montaña.... durante su narracion, que ha durado una hora entera—y como la hora se me hiciera un siglo—este hombre no quitó la vista de mí.... sentí que me tenia ligado completamente.... pero como me atacaba directamente, no me

vino la idea de que queria demostrar su saber, y por darle por su lado le he dado mi testimonio, sin reserva, á todos los hechos que narró.

—Qué imprudencia,! dijo segunda vez Benito.

—No podia evitarme de otro modo el golpe de maza que podia arrojarme de uno á otro momento.... Allí estaba Elena.... He debido decir—tan terribles eran para mí las circunstancias—que sabia yo el verdadero nombre de los aventureros, y que....

—Y qué?..... contestó Benito.

—Y para qué ocultarlo? añadió Enrique, despues de un pequeño intervalo de silencio, he prometido ya á la marquesa el revelárselos.

—Concluid! interrumpió Benito con aire sombrío.

—Este hombre lo sabia todo, como constaba de su narracion que acababa de hacer.... este hombre hubiera podido señalarme, y decir: hé ahí al que os ha robado, hé ahí al que ha abandonado á una madre en la agonía, hé ahí al que ha huido ante el que trataba de vengarla!

—Segun esto, si es cierto que habeis hecho todo eso, murmuró el propietario aturdido; no teneis mal peso sobre vuestra conciencia.

El vizconde continuó tranquilamente:

—Finalmente, este hombre era esta noche del conde Alberto de Rosen, y debia servirse de él para reconocirme.... lo he comprado con ciento cincuenta mil francos... al contado.

—Cielos! dijo suspirando Benito; está pagado!

Sonrió el vizconde, y contestó:

—Aun no.... es preciso que me deje ver ántes al conde Alberto de Rosen.

—Y cuando háyais conocido al conde Alberto de Rosen?... preguntó Benito.

Enrique de Villiers no contestó luego. Arrojó su cigarro al fuego, y cruzó en seguida sus piernas una sobre otra.

—M. Benito, durante nuestros largos paseos por la pradera, me habeis contado algunas particularidades de vuestra juventud.... me han interesado vivamente, y su recuerdo lo tengo grabado fielmente en mi memoria. Antes de que fuéseis paje mio,

habeis sido trapero; ántes de haber sido trapero, érais criado; ántes de haber sido criado érais....

—Y á qué recordar todo esto? interumpió el propietario.

—Dispensadme!.... habeis tenido la idea de poner una guardia en vuestra casa: la idea no puede ser mas feliz, y yo la apruebo..... pero no deberiamos dirigirnos ni á los gendarmes ni á los alguaciles de la ciudad.

Benito estaba pálido.

—No! no! exclamó él, que comenzaba á comprender, esto hubiera sido bueno cuando nada tenia, cuando no poseía ni un solo centavo..... al fin han perdido mis huellas..... lo cual es una fortuna que no daria por mil escudos.

El vizconde se levantó, y poniéndose el sobretodo, se lo abotonó, como un hombre que se prepara á marchar.

—Me dejais solo! le dijo Benito.

—No os vais á quedar aquí, replicó el vizconde: teneis ya vuestra tarea para hoy... esta noche necesito cuatro valientes *escogidos*, que se encuentren á la puerta del em-

bajador del Brasil..... Tomareis otra docena de ellos para que os guarden, si así lo quereis..... que yo seré quien haga el gasto de todo....

—Pero señor, ya os dije.....

—Vamos, querido, habeis hablado con demasiada ligereza.... os lo repito, no podemos elegir.... Con vuestro gusto ó sin él, vais á restablecer antiguas relaciones con estos señores.... y ellos y vos disfrutaráis los cincuenta mil escudos que tenia ofrecidos al bueno de M. Jorge Leslie.

—Y quién es éste?

—El hombre del secreto.

Enrique se ponía sus guantes, Benito exclamaba:

Por ventura se trataría de.....?

—De hacerlo desaparecer, concluyó el vizconde con la mas espantosa sangre fria; á él y á otros.

—Cuáles otros?

—A Towah por cuenta vuestra.

—Y además?

—A Rosen, por la mia.

—Tres hombres!

—Acaso cuatro, contestó Enrique.

El nombre del general O'Brien se hallaba en sus labios; pero no salió de ellos.

—Mas dónde diablos podré ahora encontrar todos esos pícaros? murmuró Benito, seriamente embarazado.

La idea de evitar el contacto de los agentes públicos, lisonjeaba singularmente su repugnancia secreta, que no reconocia por única causa su capricho.

Por otra parte, el deslumbrante ofrecimiento del vizconde, estimulaba violentamente su codicia.

Pero un hombre ya establecido! introducirse voluntariamente en esos inmundos garritos, donde pululan los prófugos de los presidios!

—A las seis estaré en casa, dijo Enrique, dirigiéndose hácia la puerta de la calle. A las seis sabré probablemente si son tres ó cuatro....

—En suma, interrumpió Benito, que se iba familiarizando ya con la idea del negocio; cuánto tendremos por los tres?....

—Lo dicho, exclamó Enrique; yo amo á esos alegres pillastros.... Y además de

los cincuenta mil escudos, yo te prometo un buen regalo para el día de mi boda.

—Mirad qué cosa tan particular! contestó Benito; aun teneis la fortuna de.... de que estas damas de Boistrudan, no hayan recibido ni una sola carta de los Talbot desde...

El vizconde se sonrió.

—Tú que hacias tan hábiles jugadas en el ecarté, replicó, no adivinas!

—Qué habeis hecho desaparecer esas cartas?

Enrique llevó la mano al picaporte de la puerta; pero en seguida cambió de idea.

—Creo, le dice, que el jardín tiene por atras una salida?

—Que dá á la calle de San Juan, respondió Benito.

—Toma la llave, y condúceme.

El propietario obedeció. Se alegró de encontrar un compañero para entrar en su parque, y llamar á Mohicano; porque él conservaba una vaga esperanza.

Mohicano, este guardian terrible, muerto por un solo hombre, sin que hubiese podido dar ni un débil ahullido de dolor! le parecia

esto, juzgando lógicamente, un suceso inverosímil.

Pasaron los dos al comedor, cuya puerta-ventana daba al jardín.

Desde los umbrales donde Benito se detuvo; dirigió una investigadora mirada á su derredor.

Todo estaba inmóbil y silencioso.

A primera vista no se notaba ninguna señal sobre el blanco tapiz de la nieve.

—Chu, viejo! chu Mohicano! chu... chu... chu!

—Si os ha oido llamar al perro Mohicano; dijo Enrique, debe haberse reido al estrangularlo.... El indio se ha apoderado de la pieza pequeña ántes de tomarse la grande.

—Pero por dónde entraria? murmuró Benito; por dónde saldría?... su paso hubiera dejado algunas huellas.

—Qué es aquello? preguntó el vizconde. Su dedo señalaba una pequeña eminencia en el centro de un camellon de verdura, situado frente de la puerta-ventana.

—Yo no sé, balbuceó, Benito palideciendo.

—Esto debe ser la tumba del pobre Molicano, dijo el vizconde.

Benito se precipitó á ese lugar, y comenzó con ambas manos á separar la nieve.

El pelo amarillento del perro apareció bien pronto bajo de ella.

Benito se enderezó.

A pesar del frio que hacia, su frente estaba bañada de sudor.

No era la idea de su perro muerto la que lo preocupaba.

—Allí estaba, murmuró en voz baja, á veinte pasos de mi ventana..... podía verme!

Un temblor agitaba todos sus miembros.

—Vamos, querido mio, dijo Enrique, ya no podeis dudar.... Esta noche tendréis gente aquí, y tomaréis la precaucion de cubrir vuestras puertas.... no olvideis que os aguardo á las seis....

—Hasta la vista!

Atravesaron el jardin; Benito abrió la puerta.

El vizconde salió.

Ya en la calle de San Juan, dirigió á derecha é izquierda una cautelosa mirada.

La calle estaba desierta; el vizconde le vantó el cuello de su sobretodo para mejor ocultar su rostro.

En lugar de entrar Benito, cerró con llave por fuera la puerta del jardin.

—Comprendo dijo, Enrique, tenemos decididamente miedo.... y no queremos permanecer allá dentro enteramente solos.... y además, vamos á desempeñar nuestra... tarea tantomejor....

Comenzó á andar á pasos precipitados hácia la calle de Sansasier, para llegar á la barrera de Montmartre.

Benito sacó de su bolsa una montera de lana y se cubrió con ella la cabeza. Partió con el vestido que tenia dentro de casa: una grosera chupa, pantalon de pié y unos grandes, zuecos forrados de piel de carnero. Torció la calle de San Dionisio para descender á la llanura.

—Con frecuencia he hecho grandes rodeos, para no pasar por delante de la taberna del Padre Soulas, en donde se reunian las ontiguos camaradas.... temia ser reconocido.... Ahora es necesario quevua-



ya á allá para tomar un refrigerio que me conforte el corazon!

Veinte minutos despues entraba en una pequeña taberna, situada fuera de las fortificaciones, sobre el prolongamiento de la calle Poissonniers.

Habia en ella muchos que fumaban y bebían.

La llegada de Benito, hizo callar á todo el mundo.

—Un vaso de room, dijo sentándose solo delante de una mesa.

Y cuando hubo acabado de beber.

No veo bien, camaradas, continuó: si yó hubiera traido mis anteojos, estoy seguro de encontrarme algunos antiguos compañeros entre vosotros.

Todos lo miraban con una desconfianza que iba aumentando por grados.

El hombre que le habia servido la botella, no era el padre Soulas; Benito preguntó por él.

—Se ha ido, le respondieron con sequedad.

—Por cuánto tiempo?

—En *mis penado eterno* (condenado por vida) replicó el tabernero.

—Tanto peor para él.... y Janet Duriens, está aquí?

—Janet Duriens se halla en el mismo estado.

—Es posible!.... y el Amolador?

—Presente! dijo una voz estentórea en el fondo de la sala.

Y al mismo tiempo un guapo mozo desrengado, vestido con un paletó color de avellana, abotonado hasta la garganta, pero no de tal manera que pudiese ocultar la falta de camisa, salió de entre el grupo y vino á colocarse delante de Benito.

—Qué le quieres al amolador? añadió con un tono áspero.

—Un vaso! gritó Benito.

Su mirada se dirigió hácia la puerta. Dos ó tres pillos, de caras ultra-patibularias, interceptaban el paso.

—Eso es, exclamó Benito, no dejeis entrar á nadie.

—Ni salir, añadió el amolador, con tono significativo.

Benito llenó los dos vasos, y ofreció uno al bandido, diciéndole:

—Ciertamente que no te hubiera reconocido, mi viejo.

El Amolador empujó el vaso.

—Yo no bebo, sino con los amigos, respondió orgullosamente, yo no te he visto nunca.

—Buena está esa! exclamó Benito, que se quitó al mismo tiempo su montera; acércate á verme.

Le dijo algunas palabras al oído.

—Sal y pimienta! exclamó el amolador dando un paso atrás.... eh! es Lampion á quien llamaban Sal y pimienta, dijo Belliquiard....

Tomó el vaso en seguida, y lo vació de un sorbo.

Los concurrentes á la taberna, que eran unos pillastros muy jóvenes para poder acordarse de Lampion, conocido por Sal y Pimienta, continuaron charlando y bebiendo.

Media docena de los veteranos se acercaron y rodearon á Benito, que pidió cuatro litros á la vez, y que prosiguió, después

de haber cambiado algunos apretones de manos á su alrededor:

—Sois rentistas en la actualidad?

—Algo nos falta!

—Y qué tal va la obra?

—No muy buena.

—Y cuánto valeis?

—No muy caro!

—Vasos para todo el mundo, y charlemos.

Nos permitirá el lector que omitamos el lenguaje de los interlocutores de esta escena, que procuraremos también abreviar cuanto sea posible.

Se charló mucho.

Benito eligió cuatro parejas de los mas listos, y les ofreció dos mil francos á cada uno, por cuatro hombres á quienes habia que despachar. Benito no se reservaba para sí, como se ve, sino ciento treinta y cuatro mil francos de la cantidad ofrecida por el vizconde. El lo hacia como hombre honrado.

El amolador y sus compañeros se hubieran arreglado por la mitad de la suma y aun por ménos.

Benito fué conducido en triunfo representando un papel importantísimo.

Después dió las señas de su casa y se retiró diciéndoles:

—Esta tarde, á las cinco.

En el momento en que Benito habia entrado á la taberna del Padre Soulas, la respetable compañía se ocupaba de otro negocio importante; he aquí de qué se trataba:

El Amolador habia descubierto en Montmartre una casa habitada por un hombre solo, y que tenia por único compañero un perro.

El perro no era un enemigo que debia despreciarse, pero se podia arreglarse con él.

El hombre dormia, dormia al abrigo de excelentes barricadas, y estaba perfectamente armado, pero tenia en su casa sus economías; era un avaro.

Un verdadero forastero!

La casa se llama la Villa de Belatio; y el hombre era conocido con el nombre de M. Benito.

Cuando Benito estuvo fuera de la taberna, después de haber dejado las señas de

su casa, todos los bandidos se miraron absortos.

En seguida el Amolador comenzó á bailar la *Cachucha* al derredor de la mesa, y todos los demas miembros de tan digna asociacion lo imitaron agarrándose de las manos, y formando una rueda que en sus brincos levantaron una nube de polvo en la sala de la taberna.

En este momento, el vizconde de Villiers que habia tomado un fiacre en la barrera, se apeaba en el patio de su Hotel.

Su ayuda de cámara le dice:

Dos señores aguardan al señor vizconde en el salon.

—¿Y se llaman?

—No han querido darme sus nombres... uno de ellos me ha asegurado que el señor vizconde le habia citado.

Enrique se quitó el sombrero y entró en el salon.

Dos personas, en efecto, se hallaban en él, sentadas cerca de la chimenea.

Se levantaron á la llegada de Enrique, el uno era el general O'Brien.

FRANCISCA ALFONSIÑA

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
M. A. N. E.

—Perdonadme, vizconde, que haya quebrantado la consigna, dijo acercándose con la mano tendida y la sonrisa en los labios.

—Qué me procura el placer?.... respondió M. de Villiers.

—Vamos á hablar de ello, querido mio, replicó el viejo general; pero ante todo, permitidme que os presente á M. Lemesle.

M. Lemesle, jóven de treinta años, vestido enteramente de negro, saludó por tres veces con aire digno.

M. Lemesle es notario, añadió el general volviendo á tomar su asiento cerca de la chimenea, vamos al momento á tener necesidad de sus servicios.

XVII

EL GENERAL O'BRIEN.

El vizconde Enrique de Villiers saludó al notario á su vez.

El viejo general dobló la *Independencia Belga*, que estaba disponiéndose á leer, y la metió en su bolsa.

—Os hubiera aguardado aquí hasta mañana, dijo.

—Me alegro mucho de haber vuelto, replicó M. de Villiers que logró sonreír; pero, puedo saber?....

—Sin duda, sin duda.... os hubiera aguardado á pié firme, porque es absoluta-

FRANCISCA ALFONSO

UNIVERSITARIA